

CAPÍTULO

I

♦
JANE BURDEN era considerada la chica menos atractiva de la calle Holywell, y eso a pesar de que en ese suburbio de Oxford había muchas y cualificadas aspirantes mercedoras de tal título. Mary Porter, que estaba aquejada de un ojo vago y copiosas pecas, vivía allí, justo enfrente de Alice Cunningham, que tenía los dientes torcidos y descoloridos, además de escaso cabello. En el número 142 estaba la vivienda de Catherine Blair, que había sufrido horribles quemaduras en el cuello y oreja cuando era niña, y cuya pierna izquierda era algo más corta que la derecha. Pero incluso ella les parecía más agraciada que Jane.

Aunque no tenía ninguna deformidad apreciable, sus vecinos tenían razones para atribuirle una inigualable fealdad. Para empezar, era demasiado alta. Puede que hubiera jóvenes que supieran llevar una estatura así con gracia, pero Jane no se encontraba entre ellas. Consciente de ello, solía encorvar-

se. Sus extremidades eran desgarradas y a menudo tropezaba o se golpeaba con las mesas o se daba con algo en la cabeza. Tenía el cuello muy largo y, a pesar de su habilidad como costurera, las mangas siempre le quedaban demasiado cortas, y sus desiguales y huesudas muñecas sobresalían desmañadamente.

Además, estaba demasiado escuálida. No tenía pecho, pese a sus diecisiete años, ni tampoco caderas. Las mujeres mayores sacudían la cabeza mientras le aseguraban a su madre que no tendría hijos. Cada vez que Jane oía esos reproches, pensaba para sus adentros que era terriblemente injusto acusarla de algo de lo que no tenía culpa. No podía evitar que su padre y su hermano se quedaran con las porciones más grandes del escaso estofado de verduras y las bastas rebanadas de pan que constituían todo su alimento. Sin embargo, su hermana Bessie, de dieciséis años, que tenía tan poco para comer como ella, de alguna forma había conseguido tener las mejillas redondas y un busto bastante aceptable.

El cabello de Jane era rizado y tan áspero como un cepillo de cerdas. De vez en cuando utilizaba una plancha caliente en un intento de crear ondas ordenadas, y robaba del establo con regularidad el aceite utilizado para abrillantar el pelo de los caballos, aunque ni la plancha ni el aceite funcionaban tan bien como a ella le hubiera gustado.

Pero era su expresión la que definitivamente hacía que Jane Burden fuera poco agraciada. Rara vez sonreía, y sus ojos verdes, que en otra chica hubieran resultado llamativos, estaban vacíos. No eran tristes; pues la tristeza puede ser seductora. No eran serios o graves, ni suaves o suplicantes, ni llorosos o melancólicos, simplemente estaban vacíos. Los ojos de Jane hablaban a todo aquel que la conociera de su miseria y desesperación.

Hablaban de una chica que había dejado de esperar nada, que se había encerrado en sí misma para soportar su suerte, lo que hacía que los demás se sintieran incómodos a su lado.

A Jane, por supuesto, la angustiaba su fealdad. Lo único que una chica pobre poseía era su apariencia, y sin ella no podría ni soñar con casarse. Sin un matrimonio, su vida sería todavía peor de lo que ya lo era ahora. Con un poco de suerte, podría trabajar en las cocinas de alguna de las grandes fincas. Pero si no la tenía, se convertiría en una fregona al servicio de alguna familia de nivel similar a la suya.

Sin embargo, darle muchas vueltas sólo empeoraba la situación, provocándole una arruga de preocupación entre sus gruesas y oscuras cejas, y retorciéndole los labios en una desagradable mueca.

En ese día, no obstante, mientras descendía por las escaleras del sótano, su falta de belleza no figuraba entre sus preocupaciones. Le preocupaba únicamente la cena. Su madre esperaba encontrarla preparada para cuando llegara a casa después de una tarde de beber ginebra y cotillear con las vecinas, y Jane no estaba segura de poder conseguir ningún guiso con lo poco que tenían. ¿Quedaría alguna zanahoria en el fondo del barreño que les servía de despensa? ¿Quedaría alguna cebolla que no estuviera podrida o alguna patata que no estuviera negra y amarga? Quizá podría mandar a Bessie fuera a buscar algunas setas.

No fue hasta que alcanzó el tercer escalón cuando el hedor a orina fermentada y excrementos la envolvió. Jadeó, a punto de perder el equilibrio, y se aferró a la desvencijada barandilla para no caer.

—¡Bessie! —gritó hacia arriba—. ¡Ha vuelto a ocurrir!

Su casa siempre apestaba a desechos: cómo no, si estaba junto a las letrinas de la calle Holywell. Jane había acabado por acostumbrarse. Pero la fuerza e intensidad del fétido olor era tan abrumadora que sintió arcadas y vomitó en su delantal. Cuando terminó, se lo desató y lanzó la empapada prenda por encima de la barandilla. Luego se obligó a seguir bajando hasta el sótano. Sostuvo en alto la vela y examinó los muros.

Los zapatos se le hundieron en el fango. Siguió el apesotado riachuelo hasta su origen, una grieta en el mortero del muro sur, a sesenta centímetros del suelo. Excrementos humanos se filtraban a través de él escurriéndose por la mampostería.

Jane escuchó a su hermana en lo alto de la escalera.

—¿Son las letrinas? —gritó Bessie.

—Pues claro que son las letrinas —estalló Jane—. Tráeme la fregona y el cubo.

—¿Por qué siempre nos tiene que pasar a nosotras? —se lamentó Bessie—. ¿Por qué tenemos tan mala suerte?

—La suerte no tiene nada que ver con esto —contestó Jane de mala gana—. Ahora date prisa. Y tráeme también un trapo. Necesitamos algo para tapar la grieta.

—Lo que necesitamos es una casa nueva —murmuró Bessie, aunque obedeció como se le pedía.

«Muérdete la lengua», pensó Jane. Habían vivido en cuatro casas diferentes en tres años, cada una más terrible que la anterior. Sin embargo no podía imaginar qué podría ser peor que vivir junto a una letrina. Desde luego estaban el olor y las periódicas inundaciones, pero lo que más odiaba era el hecho de que todo el mundo de su calle tuviera que pasar por delan-

te de su casa para utilizarla, deteniéndose a fisgonear por las ventanas mientras hacían comentarios groseros.

La casa era poco más que una choza, con una habitación para comer y cocinar y otra donde los cinco dormían sobre camastros de paja. Estaba hecha, como muchas otras casas de esa calle, con piedras del río que habían sido cortadas del tamaño de un ladrillo, pero su construcción era deficiente. Toda su estructura se inclinaba hacia la izquierda, y las ventanas y puertas no eran tales. Parecía como si en cualquier momento fuera a derrumbarse. De hecho, una de las casas de esa misma calle se había venido abajo pocos años atrás, y había matado a una mujer y a sus tres hijos, «y unas gallinas ponedoras muy buenas», como había comentado la madre de Jane.

No, no podía imaginar nada peor. Incluso vivir a cielo abierto, bajo la lluvia y la nieve, por incómodo que fuera, tendría al menos la ventaja del aire fresco.

Bessie apareció en lo alto de la escalera.

—¿Cómo ha sucedido? —preguntó, al tiempo que le alargaba la fregona, el cubo y el trapo.

—Los hombres que limpian por la noche no deben de haber venido —conjeturó Jane—. O a lo mejor se ha hecho un agujero en el colector.

—Bueno, pues yo no pienso fregar esa mugre —anunció Bessie sentándose en el primer escalón y alisándose la falda como si estuviera invitada a una merienda.

—¿Sabes lo furiosa que se pondrá la señora Burden cuando llegue a casa y se encuentre el sótano inundado? —apuntó Jane.

—La señora Burden estará demasiado borracha para notarlo —replicó Bessie.

Entre ellas, nunca llamaban a su madre «mamá» ni «mami», sino simplemente «señora Burden».

—Se dará cuenta cuando no haya nada preparado para cenar y vea que todas las verduras se han estropeado —señaló Jane.

Pero Bessie no se movió.

—Sabes que no había nada ahí abajo que mereciera la pena comer, incluso antes de que estuviera sumergido en esa porquería. —Sacó la aguja y el hilo del bolsillo de su delantal—. Tengo que coser. Mi falda azul de organdí está desgarrada, y quiero ponérmela mañana por la noche para ir al teatro.

Con un suspiro, Jane volvió a la mugre del sótano. El fétido cieno había llegado hasta sus tobillos. Le preocupaba que la presión sobre el muro pudiera derruirlo totalmente. Lo único que podía hacer era rezar para que el tapón de la grieta resistiera hasta que alguien, su padre o algún vecino albañil, pudiera arreglarla.

Llenó el cubo y lo subió escaleras arriba para vaciarlo en la calle. No quería verterlo en la letrina agrietada, por lo que utilizó la acequia que estaba junto a la casa de los Gibbons. Bessie se tapaba delicadamente la nariz cada vez que pasaba a su lado. Después de quince viajes el chorro del muro se había reducido a unas gotas, pero el suelo sucio todavía continuaba siendo una ciénaga. Jane se dirigió al foso de las cenizas y llenó el cubo con ellas. Las esparció por el suelo del sótano. El olor seguía siendo terrible, pero no se podía hacer nada más.

Entonces escuchó gritos en el piso de arriba.

—¿Por qué está el fuego apagado? ¿Dónde está la cena? ¿Jane? ¿Bessie?.

Su madre estaba en casa.

Jane se arrastró pesadamente por las escaleras. Sus zapatos y el borde de la falda estaban empapados de líquido marrón. Tenía la blusa gris a causa de las cenizas, y su cara y su pelo estaban impregnados de ceniza y sudor.

Ann Burden se erguía un tanto vacilante en el umbral. En su día se había criado en una granja, y tenía las pecas y las arrugas alrededor de los ojos como prueba. Sin ser nunca una belleza, los años de duro trabajo, primero en el campo y luego en el suburbio más pobre de Oxford, le habían pasado factura. Una de sus caderas era más alta que la otra, lo que hacía que caminara como si rodara, o más bien renqueara. Todo en ella era duro: sus ojos, su mandíbula, su cuerpo fibroso. Sólo cuando estaba borracha las facciones se le suavizaban en una sensiblera autocompasión.

Cuando descubrió a Jane gritó furiosa. Su hija pensó que de alguna manera tenía suerte, porque estaba demasiado sucia para que la pegara. Para hacerlo, su madre tendría que tocarla.

—¿Qué has estado haciendo? —siseó la señora Burden.

—La letrina ha vuelto a desbordarse —explicó inútilmente Bessie.

—De modo que has decidido nadar en ella —afirmó su madre con sarcasmo.

—Estaba intentando...

La señora Burden la cortó:

—¿Intentas esparcir toda esa porquería por la casa? ¿Intentas disgustarme más de lo que ya lo has hecho?

—Estaba intentando limpiar el desastre —señaló Jane, que tenía ganas de llorar, pero sabía que eso sólo enfurecería más a su madre.

—¡Inútil! —la increpó la señora Burden—. ¿Qué he hecho yo para merecer una hija como tú? Fea como un zapato viejo y el doble de inútil.

Jane no contestó, porque qué podría decir. Lo único que podía hacer era dejar que la invectiva siguiera su curso.

—Le dije que esperara hasta que llegaras a casa, pero Jane nunca me escucha —se justificó Bessie.

—Cierra el pico, Bessie —ordenó la señora Burden—, y empieza a preparar la cena. Quiero hablar a solas con Jane.

—¿Y qué verduras voy a utilizar? —gimoteó Bessie.

—Baja al sótano, encuentra algo que parezca aprovechable, súbelo y lávalo —indicó la señora Burden sin mirarla.

Bessie vaciló.

—Pero... —comenzó.

—¡Hazlo! —gritó la señora Burden.

Con un pequeño chirrido, Bessie agachó la cabeza como si quisiera evitar un golpe y se alejó.

La señora Burden hizo una seña a Jane para que se dirigiera a la cocina. Se movió pesadamente hasta la mecedora y se dejó caer en ella con un gruñido, pero la joven sabía bien que no debía sentarse. Se quedó frente a su madre y esperó.

—Me he encontrado con la señora Barnstable esta tarde —comenzó la señora Burden—. Tendrás que pasear con su hijo Tom el domingo después de la misa. —Sonrió tontamente, como si esperara la reacción de Jane.

A ésta se le cerró la garganta, el cuello de su camisa estrangulándola. Tom Barnstable era un joven alto y flacucho, de veinte años, con un ojo estrábico y la cara llena de pústulas. Su nombre era ridículamente apropiado, ya que él y su padre trabajaban en el establo con el de Jane.

—Te crees demasiado buena para él, ¿no? —afirmó la señora Burden, mirándola a la cara—. Bien, pues deja que te diga algo. Con tu aspecto, tendrás suerte si Tom Barnstable quiere quedarse contigo. Y créeme, voy a hacer todo lo que esté en mi mano para que eso suceda. No te quedarás encerrada aquí, como una rueda de molino alrededor de mi cuello hasta el día que me muera, si es que puedo evitarlo.

—No pasearé con él —contestó Jane débilmente—. Tom es un bravucón. Pega a sus hermanas pequeñas; les he visto los cardenales.

—A ti sí que te vendrían bien un par de tirones de oreja —replicó la señora Burden—. Te he consentido mucho, dejándote ir a la escuela, dejando que la señorita Wheeler te prestara libros. Se te ha subido a la cabeza. Tengo el presentimiento de que Tom te mantendrá a raya.

—Por favor —susurró Jane.

—Irás a pasear con Tom el domingo. Te pondrás la boina rosa de Bessie, que no es que ayude mucho, pero al menos le dará a tu cara un poco de color, y serás lo más encantadora que puedas —señaló la señora Burden—. Ahora apártate de mi vista.

Jane salió corriendo por la puerta de la calle. Todavía no había oscurecido y confió en no encontrarse con nadie. Sus ropas aún estaban húmedas y el viento la hizo tiritar. Corrió calle abajo, hacia la ciudad.

A veces imaginaba que vivía muy lejos de Oxford. Normalmente fingía vivir en las islas Baleares, sobre las que había leído en un libro de geografía. Sabía que allí hacía calor. Podría vivir en una cabaña de rafia junto al mar y comer langosta cocida hasta hartarse. Esta vez trató de imaginar que vivía en

Londres, en una casa de ladrillo de una calle elegante. Tendría una cocinera que le prepararía estofado de cordero, burbujeante y con fragante romero, y también panecillos chorreando mantequilla. De postre, comería esponjosos bizcochos con salsa de caramelo y mermelada de fresas. Se vestiría con chales de pelo de cabra de la India y delicados vestidos de seda de China.

Algunas veces soñar despierta la consolaba, pero no hoy. No podía escapar al hecho de que tenía frío y estaba sucia. No podía fingir que era guapa. Era fea y tendría que casarse con Tom Barnstable o con nadie.

Jane se detuvo al final de la calle Holywell; no podía ir a la ciudad cubierta de mugre. Trató de pensar en otro sitio a donde ir, pero no había ninguno, por lo que se dio la vuelta y retrocedió sobre sus pasos.

A medio camino de su casa escuchó a un gato maullar y se metió silenciosamente en un portal, esperando no ser vista. Un gato pardo se acercó cojeando patéticamente hacia ella, sangrando de una oreja. Entonces oyó pisadas ruidosas, y Tom Barnstable pasó corriendo con una piedra en la mano y una expresión de regocijo en la cara. No la vio.

«Mi futuro marido», pensó, y entonces lloró, deslizándose hasta el duro suelo y enterrando la cara en la apestosa falda.